

CARLOS ALVARO GATTI

*La Abuela
Mariana
y el
General*

A mi padre, peronista de Perón

A mi abuela Mariana

*A mis hijos Giuliano, Stéfano y
Gianni*

*A mi Madre, que siempre
comprendió mis locuras*

*A Miryan, incondicional compañera
de mis días*

*A Fernandina Bellis, que de haber
sido Argentina otro país,
habría regresado*

*Necesariamente al General
Alejandro Agustín Lanusse,
protagonista involuntario de esta
historia*

*Una disculpa eterna a mi Padre por
no haber seguido su camino
militante.*

El porque de este libro sobre Lanusse y mi abuela Mariana??? Esencialmente porque fui pasajero del tren de una Argentina convulsionada desde el mismo año de mi nacimiento. Siempre el camino ha sido así, mi país se ha debatido en incontables dicotomías y ninguna de las generaciones que se han seguido sucediendo se pudieron acomodar. Pero en aquella época de la infancia, de continuidad de regímenes militares, el país era Industria Argentina, todo lo hacíamos acá y sectores como el de mi Abuela, o sea de jubilados y pensionados; tenían un bienestar que nunca más tuvieron. La Abuela en aquellos tiempos pudo construir su casa, dignamente y ahorrando lo que cobraba. No era pensionada de un militar, un juez o un empresario. El Abuelo Juan había sido empleado de la Empresa Nacional de Correos y Telecomunicaciones. O sea que su ingreso era el mismo que el de una amplia marea de argentinos de la tercera edad. Que cambió??? Creo que la humanidad de los gobernantes que se sucedieron. Detrás de la coraza de los generales de aquella época había una clase ministerial con profunda sensibilidad social. Lo que vino después fue una sucesión ininterrumpida de sicarios absolutamente corruptos a los cuales no les importó, ni les sigue importando nada. Ni siquiera sus Abuelos.

El general camina lentamente. Lo acompaña Ileana su fiel compañera. Los pasillos del aeropuerto le parecen interminables. Antes no le molestaba caminarlos pero ahora sentía el peso de los años. A la mitad del pasillo y desde la visión de sus profundos ojos azules cruzo una mirada con aquel joven que lo miraba intensamente. Era una mirada hostil, como tantas que había sentido en los últimos tiempos, sin embargo no le molestó, sentía íntimamente que no era una mirada de odio sino mas bien una mirada que en el fondo interrogaba.

Le tomo la mano a su esposa y la apretó firmemente, como aquella tarde en que supo que el general tan temido había regresado al país, habían pasado muchos años, su vida había transcurrido plácidamente, el país seguía debatiéndose entre marchas y contramarchas, y ahora caminaba por las calles de la gran ciudad y era como un fantasma, ocasionalmente lo reconocían, pero la mirada de ese joven que en su época de presidente debía ser un niño, lo había sorprendido. Lo miraba como conociéndolo, como sabiendo que todas las noches de insomnio del general tenían un motivo. Y esos ojos que no volvería a ver, lo acompañarían hasta el final de sus días...

No era una mañana muy fresca de verano en el bar del aeroparque metropolitano. Me senté en una mesa junto a dos compañeros de trabajo esperando, conversación y café mediante, que se acortaran los tiempos hasta la salida de nuestro vuelo rumbo al sur.

Lo divisé en la mesa contigua y Ud., se sintió molesto por mi mirada, que expresaba claramente el haberlo reconocido y un algo de desprecio.

Nos cruzamos varias veces, Ud., en su conversación medida junto a su esposa, yo en mi empecinamiento en seguir observándolo.

Sabe una cosa? Ya no es el mismo de antes, el de años atrás cuando se creyó cubierto de un manto de gloria que lo haría inmortal; no era aquel petulante individuo que enfundado en sus trajes de galas miraba en cada ceremonia mas allá de las gentes, no era el mismo que firmó un poco de entrega de mi país a favor de su bolsillo e intereses foráneos, cuando la instalación de aquella fabrica de aluminio, casualmente emplazada en aquella ciudad donde me dirigía a embarcar ; no era el mismo que en tono de burla le ofreció a mi gente la posibilidad del retorno de un líder acabado por los años y las frustraciones del exilio forzoso, cuando tuvo en sus manos la oportunidad de torcer el camino de la historia de la patria; no es el mismo Ud., ni tampoco es la misma su esposa, aquella que regalaba sonrisas y elegancia y era tal vez una dama distinguida, al menos así los recuerdo, desde mis jóvenes años, sentado frente al viejo televisor a válvulas que ya no esta en casa.

Los años no lo perdonaron, como no lo harán conmigo, pese a que mantiene la misma arrogancia y la misma soberbia de entonces . Lo noté en la ultima mirada de desprecio que me obsequió al abandonar su mesa, sabiendo que su memoria le jugaba una mala pasada al no reconocer ni encontrar en su archivo , ni mi rostro, ni mi nombre.

No se preocupe más. Ud., no me conoce. Pero yo no olvido a quien fue un arrebatador de sueños, Teniente General Alejandro Agustín Lanusse.

Alvaro, Aeroparque Metropolitano

13:00 hs- 5 de Enero de 1989

Eladio, es el Eladio????...desde la penumbra de la amplia habitación del hospital en Rafaela, Mariana veía la silueta fantasmagórica, desde el fondo de sus intensos ojos azules, que se recortaba sobre la puerta...

Nunca supimos quien fue Eladio, quizás un amigo infantil, pudo ser un novio adolescente, un pretendiente juvenil o algún amante ardiente de la Abuela, lo cierto es que ese secreto lo guardó para siempre con su muerte unos días después de aquella noche en que volví a ver a la abuela después de casi dos años de haber retornado de un viaje del cual ella fue una de mis principales animadoras. Había conocido el mundo y había podido conocer a su prima Fernandina, habitante de la colonial Lima en el barrio de Lince, sobre la calle José Leal , frente al acomodado barrio de San Isidro, donde una apasionada limeña supo robarme el corazón.

Jamás la Abuela Mariana conoció personalmente a Fernandina, la de ellas fue una relación epistolar de más de 50 años, y yo aquel nieto de siempre había sido quien les había contado a ambas historias de ellas mismas, años después retorné a Lima, cuando la Abuela ya no estaba, Fernandina seguía siendo una adorable viejecilla y mi viejo amor solo un recuerdo grabado a fuego en el fondo del corazón que ya tenía dueño: mi esposa adorada que me acompañó a saldar la vieja cuenta pendiente de conocer Machu Pichu.

No supimos descifrar nunca los años juveniles de la abuela, para todos Juan Bautista fue su único amor al cual acompañó hasta su muerte y nunca más abandonó en sus más de 30 años de viudez permanente. Solamente tenía recuerdos para su "Juan", el abuelo que ninguno de sus nietos conoció.

Cuando avancé sobre su lecho pisando las crujientes tablas del piso de madera de su habitación en aquel antiguo hospital, sus ojos parecieron recobrar el brillo de siempre, me acerqué lo más que pude, Tata mi tía ,se erguía resignada a su lado, me incliné para darle un beso en sus mejillas y solamente me dijo " viniste". La Abuela no volvió a decir otra palabra. Murió dos días después en una fría mañana de Mayo en el único hospital en su pueblo de toda la vida ,en la localidad de Pilar, tierra de colonos en el oeste santafesino.

Lanusse miró fijamente al teniente Primero que lo acompañaba en el despacho, este sin decir una palabra se retiró del mismo, cerrando en forma prudente la puerta para no alterar el ambiente que se tornaba más que pesado.

El teniente Coronel miró a Vandor con recelo y le dijo: Ustedes son todos unos hijos de puta, le chupan las bolas al Viejo Perón pero de cualquier forma lo quieren cagar!!!

El Lobo le respondió con una leve sonrisa y le contestó:” Lanusse no me rompa las pelotas, si eso es lo que quieren Ustedes! Quieren que el Viejo no pise más el país, y no saben como hacer, Usted mismo se encargó de esconder a la Eva y también falló cuando lo quiso matar...¿creo que para eso me usaran no?”

La abuela Mariana estaba en su quinta podando su planta de quinotos, pronto comenzaría la floración y después cuando se llenara de frutos ,esos pequeños cítricos preparados en almíbar, harían la delicia de los paladares de sus hijos y sus nietos, por cierto una ración de ellos se destinaba a los mayores adicionándoles unas onzas de whisky, era una forma familiar y cariñosa de acompañar las sobremesas del invierno santafesino...esa preparación mágica seguiría acompañando a la familia , como una bendita tradición por los años venideros...una nostálgica costumbre de recordar a la abuela...

Necesariamente necesitaba de su patio, en él se consumían sus horas, algunos sueños y sobretodo pasaba de una forma lenta pero agradable su vida.

Entre sus plantas frutales, veía el ciclo anual de los árboles, florecían los azahares e inundaba el aire ese aroma irreplicable año tras año, terminada la floración, ocupaba el éter el aroma de las flores de las plantas de quinotos entremezclado con el dulzón aroma de las madreselvas, a veces desde el gallinero que ocupaba el fondo de la escena se oía el fuerte olor a estiércol de gallinas y patos, pero siempre era contrarrestado por el olor intenso de la conjunción de flores que admirablemente sembraba y cuidaba. Su edad reproductora la suplantaba con los injertos laboriosamente aprendidos desde su soledad eterna, tanto que ni siquiera sus hijas recordaban cuando la abuela había sido visitada por algún otro hombre que no fuera su eternamente nombrado Juan, el Juan que la había amado y respetado hasta el fin de sus días, momento en que la Abuela tiñe de negro su vestuario y su corazón, dejando solo espacio para el amor filial y el amor distinto hacia sus nietos, quienes la respetaban y querían entrañablemente pues representaba la sabiduría de los años mezclada con el misterio de un espíritu insondable.

Algunas tardes en siestas pegajosas de veranos ardientes y desde mi más lejana niñez quise atravesar esos misterios revisando los cajones de los armarios y escondrijos de la Abuela, jamás encontré nada que me dijera que hubiera recibido la más pequeña esquila que insinuara alguna promesa de amor.

Recordaba intensamente cada período de gobierno desde niña, civiles y militares ,y tenía el certero convencimiento de que los políticos eran escritores que escribían sus libros con palabras en el aire, pero contrariamente a aquellos jamás transformaban esas intenciones en realidades. Odiaba escucharlos o leerlos y cada vez que los escuchaba desde lo más profundo de su alma brotaba un certero: "hijos de puta" de sus labios.

Alejandro, ¿vistes? al final ese Viejo nos arruinó la vida....

El General escucho lejana la voz de Ileana que le restregaba una vez más esa verdad. Perón el viejo cadáver político había retornado al país, Ezeiza era a esas horas un reguero de sangre y de muerte, y Lanusse sabía que parte de la culpa la tenía él. El había desafiado al viejo líder, creyendo que el anciano no se animaría a un regreso...pero aquel caudillo estaba de regreso de un sinfín de cosas y quería morir en su tierra.

“Vistes López Rega? Volvimos...este pelotudo de Lanusse me habrá creído un cagón?, hace años que viene tras de mí como un sabueso, primero con el cadáver de Eva y después con tantos desafíos hacía mí...Lopecito de acá no me voy más...la gente quiere que me quede...como les voy a decir que no a nuestros cabecitas negras...si estuviera la Eva ...no sabes que feliz estaría...Isabel también está contenta. Pero no es lo mismo.”

Lanusse sabía que ya todo estaba perdido, íntimamente reconocía haber perdido. Sus sueños de ser Presidente se esfumaban. Aquel otro General, desgastado en luchas políticas estaba de regreso. Y él, el joven General comenzaba a desbarrancarse.

La abuela recordaba que el vapor había zarpado de Génova, con él, los sueños de su madre que por entonces vivía en Torino sobre el último cuarto del siglo diecinueve, cuando la primera corriente inmigratoria italiana amarraba en los países de la América del Sur. María Guidetti era una adolescente que venía a esta tierra con sus padres. En cercanías de la costa de Brasil el barco prendió fuego en algunos camarotes y allí la joven María había perdido parte de sus pertenencias y sus documentos, pero no sus sueños de un destino mejor. En territorio argentino y luego de engorrosos tramites para conseguir su documentación sus padres decidieron instalarse en una pequeña localidad del territorio santafesino: San Jerónimo del Sauce. María allí crecería, estudiaría, se enamoraría de Carlos Bellis, tendría a sus dos únicos hijos Pedro y Mariana y en ese pueblo sería donde también moriría. En ese pequeño sector del mundo también un día el dolor se apoderaría de ella cuando la vida le iba a arrebatarse a su único hijo varón con 18 jóvenes años.

La Abuela Mariana, recordó hasta último momento a su hermano Pedro Bellis. Y lo recordaba con la frescura de los años infantiles que ella tenía cuando su hermano mayor murió.

Después la abuela se enamoraría perdidamente de un apuesto descendiente italiano hijo de Inocencio Gatti y de Teresa Vaiani , llamado Juan Bautista, el misterioso Abuelo Juan, que los nietos no conocimos.

Instalados en Pilar nacerían Maria Teresa (la tía Tata), Juan Carlos (mi Viejo, apodado Tato) y Ana María (la tía Chona), nombres formados por la conjunción de los nombres de los abuelos y padres.

Pilar era un pueblo próspero, enclavado en el Departamento Las Colonias en el Oeste Santafesino , un ferrocarril que llegaba diariamente, campos fértiles y trabajados, una fábrica de pianos ejemplo en Sudamérica, fábrica de raquetas de tenis, y una pujante fundición de acero comparable a las mejores del país que daba actividad y trabajo digno a todo el pueblo .

Había bienestar y desarrollo. Paz y dignidad. Pero sobre todo: paz...

Clora Schneider vivía frente a la casa de la Abuela, contigua su casa al edificio del Correo del pueblo. Soltera desde siempre, para ella mi Viejo había sido como un hijo más. Y cuando yo nací, ella me adoptó figuradamente como si fuera un nieto suyo. Siempre que iba a Pilar, en algún momento era una visita obligada a la casa de “la Clora”, y ella siempre, hasta la última vez que la vi, tenía un regalo para mí. Desde mis años primeros hasta los veinticinco, que fue cuando la visité por última vez y donde ya enferma seguía transmitiéndome un cariño muy especial.

Fue compañera de conversaciones de la Abuela en largas tardes de mate y café. La Nona por esos años seguía viviendo frente al Correo, desde siempre, desde la muerte de su Juan y desde que su Juan Carlos había comenzado a trabajar en el Correo con apenas trece años, hasta que un traslado lo llevó lejos del pueblo y otro posterior a Mina Clavero desde donde ya no volvería más. Entonces fue cuando la Abuela pensó en construir su casita, su lugar, su morada hasta el final

La abuela solía decirme: “la gente va envejeciendo, se va enfermando, los chicos crecen, se van, regresan, y nosotros creemos que los años no pasan, pero cuando queremos agacharnos, levantar un peso, subirnos a una silla nos damos cuenta que también nosotros seguimos ese mismo camino”, lo comprobé es cierto muchos años después de aquellos instantes de conversación con Mariana, exactamente 30 años después...

El cementerio siempre fue misterioso, viejo y lúgubre, a las afueras del pueblo. Se llegaba a él tras atravesar una larga hilera de álamos que culminaban en el páramo. Lo visitábamos siempre que íbamos a Pilar a llevar flores a la tumba del abuelo, rito ineludible cumplido con Papá acompañado de alguna de sus hermanas y por cierto la Abuela. Las siestas de verano eran fantasmagóricas en el cementerio, pesadas, sudorosas, con el aroma de la carne corrupta flotando en la pesadez de la atmósfera, y yo jugando con mis primos entre las tumbas con sus lápidas ardiendo bajo el sol santafesino. Los panteones con cúpulas le daban el aspecto de una película medieval. Muchos años después retornaría esporádicamente a llevar esas mismas flores al Abuelo Juan, a Mariana y a Papá.

En aquellos años que parecen hoy tan lejanos, los primos teníamos una relación muy especial. Una vez al año coincidíamos todos en las vacaciones en Pilar. Luis y Adrián,

por parte de la Tía Tata, Laura, Silvia y Mario por parte de la tía Chona. Nos separaban muy pocos años, éramos una escalera casi perfecta, alterada por el último peldaño que fue la llegada de mi hermano muchos años después. Pero todas esas semanas en el pueblo de la Abuela traían infinidad de juegos, complicidades, travesuras, y sobre todo la inocencia de los años infantiles en que todo era posible. Ir a cazar ranas a las acequias, tomar a escondidas el anís turco con hielo que hurtábamos al Tío Chongo, en esa mezcla extraña que al contacto con el agua adquiría una tonalidad lechosa, era ir a cazar anguilas a la cava en bicicleta, o internarnos en los montes cercanos a exterminar palomas. Era el tiempo dorado de los juegos sin límite. Íbamos creciendo y cada año era diferente al anterior. Pero esas complicidades compartidas lograron que pese a las distancias, a los caminos distintos, a los pesares íntimos, todos siempre siguiéramos pensando en los otros. A todos nos unió la figura de la “Vieja y eterna Abuela”. Y a todos nos quedó el sabor de que aquellos meses compartidos fueron parte intensa de nuestras vidas. Las veces que de adultos volvimos a encontrarnos espaciadamente y ya no todos juntos, siempre tuvimos esa pequeña llama de saber que había un dejo de complicidad permanente. Pilar seguía siendo para todos el distante pueblo. Pero Pilar conservaba un puñado grande de recuerdos de cada uno de nosotros.

El General obnubiló su mente, su mirada se perdió en lejanos pensamientos, y de pronto apareció veinte años atrás cuando aquella trágica tarde del 12 de Enero de 1967 el cuerpecito caliente aún de Ileanita su hija se perdía entre los enormes brazos del aguerrido soldado que por entonces era.

Lanusse comenzaba a transitar el dolor que no lo abandonaría a lo largo de su vida, en tragedias con sus hijos. Ileana estaba muerta, un accidente infantil con un arma le arrebató el alma, y el duro soldado aquella jornada lloraba desconsolado como cuando era un niño...no habría más tiernos despertares sintiendo la dulce voz de la niña, ni tampoco juegos infantiles en el parque del cuartel, no la acompañaría más en los paseos vespertinos por las calles del Barrio Militar, desde ese trágico instante Ileanita sería una foto de color sepia en un portarretrato que el tiempo iría amarilleando, sería un tierno recuerdo aflorando ocasionalmente en la mente del duro guerrero, Lanusse no sabía porque , pero en momentos álgidos de su existencia ese recuerdo regresaba y una vez más Ileanita lo desbordaba con su presencia.

Alejandro! Alejandro!! La voz de Ileana su mujer lo volvía a la realidad...-Alejandro ahí esta otra vez Vandor, dice que quiere hablar con vos.

El General soñaba con Evita. Más soñaba con su cadáver. Y aún hoy Alejandro piensa en porque tuvo que ser él , el portador del secreto. Lo desvela pensar en el cadáver de Lenin expuesto en la Plaza Roja de Moscú. Lo desvela esa trascendencia inmaterial y atípica que da la muerte en un cuerpo embalsamado. No querrán hacer lo mismo los peronistas? Y si se hubiera desecho de la Puta? Si nunca hubiera aparecido ese cuerpo maldito??. Seguramente la Historia hubiera sido distinta .Pero tras ese cuerpo, los argentinos vivieron una larga noche de desencuentros. Y dentro de esas tinieblas, Alejandro Agustín transcurrió parte de su existencia. Al menos de su existencia productiva. Si algo de productivo hay en el trabajo de un general. Los viajes a Italia. Pío XII a favor del ocultamiento del cuerpo. María Maggi de Magistris bajo la lápida. Eva Perón dentro del féretro. Alejandro alguna vez se

cuestionó el porque. Alejandro nunca encontró una respuesta. Y los Generales que lo hicieron partícipe del secreto, han muerto. Otros no quieren hablar.

Porque no hablan? ¿Con quienes están comprometidos? ¿No hubiera sido más fácil enterrar ese cuerpo en algún lugar de la vasta geografía argentina? ¿No hubiera sido más fácil arrojarlo al Río de la Plata?

Casi 20 años después de la muerte de Alejandro, esos interrogantes no fueron develados. Y probablemente nunca se conozcan: Eva fue inmortal. Esa inmortalidad se ha ido desgastando. De la misma forma que las nuevas generaciones escuchan tibiamente de Eva Perón, escuchan más tibiamente aún de Alejandro Agustín Lanusse. Tanto desgaste de entonces. Tanto desgaste General...

Cuando la tapa del féretro cubrió el cuerpo de la Abuela, yo ya no estaba más en Pilar. Unas horas antes había regresado a mi hogar en Córdoba, era mi despedida de la Nona Mariana, me quedaba con su recuerdo. Para siempre. De ese anciano ser que había visto partir, había aprendido gran parte de las cosas simples de la Vida. Pero necesarias y fundamentales para transmitir las siempre. Años después cuando la tapa del féretro cubría el cuerpo del General, sus hijos y nietos pensaron lo mismo que yo. Distintos tiempos. Distintos momentos. Uno sencillo, humilde. El otro orgulloso, casi bronce... Pero dos nobles ancianos al fin...

-“ Y... como va el libro”?

-“Flaca. No sé, estoy trabado...hay algo que no me cierra y no se que es, Lanusse se me torna incomprensible por momentos”...

-“ Pensalo más humano y no tan General”...

Y allí como un clic mágico Alejandro Agustín comenzó a tornarse más real...

Por esa misma causa , la de la practicidad de Miryan, volví a Panaholma dos años seguidos, a terminar de cerrar las dos historias: la del General (que decidí no publicar) y la de nuestro amor, en el mismo lugar donde años atrás aquel ser motivo fundamental de estas páginas había elegido para venir a pasar el resto de sus días cuando anciana... volví para ver si yo podía percibir esa magia que ella había detectado, que sabía no sería tampoco el lugar definitivo para mí sin ella, y creo que el espíritu o el áurea flotando de Miryan hizo que destrabara también mi mente para terminar de dar forma a esta páginas. El encanto del paisaje, la paz profunda e infinita, el aire diáfano, un algo indecible y misterioso lograron darme definitivamente la inspiración que necesitaba. Algo me iba diciendo, despertando, dictando. Algo me decía que sería posible el final.

.....” me gusta como escribís...¿termínalo al Libro si?”....supo decirme varias veces Miryan. Ella me alentaba a seguirlo, ella me daba el tiempo para que me pudiera dedicar algunas noches a él, para mí era un desafío, el resaltar la humildad de mi abuela y contraponerla con un periodo oscuro del país donde ella, la Abuela Mariana pudo realizar algunos sueños menores...intenté unas entrevistas con el General Luciano B. Menéndez para conocer algo de la personalidad de Lanusse. Me comuniqué con su anciana mujer Ileana, perdida en las fauces del tiempo. Uno de sus nietos de nombre Alejandro también me retaceó su apoyo, quizás creyendo que mi proyecto no era de fiar, pero en esencia este libro (unos cuantos capítulos, y otros tantos bosquejos) nunca saldrá a la luz. Decidí enterrarlo en el mar de mis recuerdos y que se vaya conmigo. Siento injusto que nazca sin que lo vea su principal mentora, por más que muchos dirán “ pero sería un homenaje a ella...” es una decisión personal, muy mía. Salen solamente estos pequeños retazos y la portada como me hubiera gustado que fuera.

“La Abuela Mariana y el General” no llegó a nacer pero dio lugar a **“Estas, mis cartas del alma”** que son mi homenaje a quien alentó mis sueños, a quien defendió mi locura, a quien me entendió como nadie, a quien me regaló el amor y la pasión, a quien me regaló el tesoro de nuestros hijos, a quien desde algún lugar sigue diciéndome que me ama, a quien tengo grabada a fuego bajo mi piel.

Es mi homenaje a un ser irreplicable.

Son para vos Miryan.

Alvaro - Diciembre del 2004

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

